

El diálogo filosófico como reto pedagógico: Hacia la construcción de la paz

Oneida Chirino Ferrer

oneidachirino@gmail.com

Universidad Católica Cecilio Acosta.
Facultad de Filosofía y Teología. Centro
de Filosofía para Niños y Niñas

Resumen

La presente reflexión aborda la importancia del diálogo filosófico propuesto en el Programa de Filosofía para Niños de Mathew Lipman para la construcción de la paz en la escuela de principios democráticos. Se pretende por un lado, destacar el valor preventivo de una educación basada en la razonabilidad y, por otro; resaltar el papel de la filosofía como una herramienta para promover un desarrollo ético, crítico, creativo y cuidadoso desde la infancia. En ese sentido, resalta la importancia de la relación entre comunidad de investigación como discernimiento activo y la construcción de la paz como superación de conflictos por medio de la transferencia de conocimientos.

PALABRAS CLAVE: filosofía, diálogo, paz, democracia

Abstract

This reflection addresses the importance of the philosophical dialogue proposed in Mathew Lipman's Philosophy for Children Program for the construction of peace in the school of democratic principles. It is intended, on the one hand, to highlight the preventive value of an education based on reasonableness and, on the other; highlight the role of philosophy as a tool to promote ethical, critical, creative and careful development from childhood. In this sense, it highlights the importance of the relationship between the research community as active discernment and the construction of peace as overcoming conflicts through the transfer of knowledge.

KEYWORDS: philosophy, dialogue, peace, democracy

A modo de introducción

Sí alguna razón válida tiene una educación filosófica desde la perspectiva feminista, es pensar ante todo en el desarrollo personal. La persona, no sólo es sujeto de experiencias individuales sino colectivas que conducen a una atención y cuidado permanente en todas sus acciones. Esto pasa por entender que no hay otra posibilidad de superar las grandes dificultades de la humanidad sino precisamente por medio de la educación basada en la calidad desde la ética.

Por ello, educar sobre temas relacionados con el bien, el mal, la amistad, la sexualidad, la paz, la violencia, la corrupción, la clase social, el hecho racial, el sexismo y la discriminación, cuestiones de vida y/o muerte (VIH/sida, drogas, alcohol, tabaco), migraciones, desplazamientos humanos, problemas ecológicos entre otros, quizás representa una de las más grandes oportunidades para que niñas, niños y jóvenes se enfrenten a temas realmente controversiales y sensibles que los conduzcan a pensar mejor y contribuir con un mundo más justo y equilibrado.

La clave ética de la educación consiste principalmente en ayudar a convertirse en mejores personas y ser sensibles ante los males que acechan a la humanidad. Por lo tanto, la comunidad de indagación brinda la oportunidad a niñas y niños en su proceso formativo, para descubrir desde su curiosidad, reflexiones, en los intercambios de ideas y opiniones sobre temas que permiten establecer parámetros y criterios de vida, cónsonos con los problemas que les tocan generalmente muy cercanos y por lo tanto, son planteamientos que les llevan a tomar decisiones personales y grupales relacionados con la justicia, la moral social, criterios de vida personal, la amistad, la enfermedad, entre otros.

Sin duda alguna, son temas que más que despertar intereses sentimentales e intelectuales, sugieren distintos tipos de confrontaciones con la realidad que se necesita transformar, puesto que:

Una comunidad de investigación es un ambiente seguro y caracterizado por lo que llamamos pensamiento crítico, pensamiento creativo y pensamiento cuidadoso. Ese pensamiento presta especial atención al contexto y anima a los niños a desarrollar la percepción ética, es decir, la capacidad para detectar las relaciones y los rasgos importantes en una situación particular y a tener en cuenta esas relaciones y rasgos cuando hacen un juicio ético. Como la ética feminista, Filosofía para Niños no da por supuesta una teoría moral. (Ann Sharp, 1998:62)

Por lo tanto, es una oportunidad para que niñas, niños y jóvenes se involucren en la comprensión ética cuyas interrogantes emergen constantemente. Es decir, la

“formación ética”, entre otras cosas, procura que las y los participantes se involucren en la reflexión de un conjunto de tareas que conduzcan a la comprensión de sus interrogantes sobre juicios, creencias, preocupaciones de índole moral, los cuales deben revisarse cuidadosa y críticamente.

Es por ello necesario comprender que, la formación ética tiene repercusiones a largo plazo y tiene que ver con la vida misma, con decisiones individuales que se van desarrollando de modo continuo, reforzadas por las vivencias dentro de la familia, la escuela y el contexto social. En este sentido, no se pueden esperar resultados inmediatos. Sin embargo, como se trata de formar ciudadanía, lo que se espera es la recuperación de su tarea crítica cuando niñas, niños y jóvenes tengan la oportunidad, no sólo de cuestionar los valores, las creencias, las ideas, las costumbres, hábitos, modos de vida que permean las prácticas socialmente dominantes y reconocidas, sino crearlas, repensarlas o asumirlas con criterio propios.

Por esta razón, una educación filosófica, viene a representar un importante elemento de integración y desarrollo social que le permitiría a niños y niñas, la posibilidad de decidir sobre cuestiones fundamentales de lo que significa ser ciudadana o ser ciudadano, a partir de lo cual, no sólo se adquirirá el conocimiento y la información sobre nuestros derechos, sino cómo ejercerlos plenamente.

52 |

Primera parte: La construcción de la paz y la clave de la educación ética.

De vez en cuando pensamos que la posibilidad de lograr una vida pacífica para todas y todos es un asunto utópico debido a todas las vertientes que se presentan no sólo para definir la paz, sino ante todo, para vivirla.

Nuestras sociedades, con tantos conflictos de violencia, quizás se miran e interpretan a partir de dichos conflictos y no a partir de los porqués de los mismos, sus causas y consecuencias. Y muchos de estos problemas no son analizados, interpretados, asumidos y superados por los propios protagonistas; es decir, por la gente que los vive y sufre en todo momento. Sin embargo, este desconocimiento no es por falta de enfrentarse a la realidad, sino por la falta de una fuente pedagógica que pueda plasmar una nueva mirada en su interpretación dentro del proceso educativo.

Las niñas, niños y jóvenes tienen la posibilidad no sólo de captar con atención lo que se les explica, sino que pueden aprehender por su propia cuenta cuando se les ha inculcado el valor del saber escuchar. La escucha, también se aprende y, es clave para emprender caminos como los de la paz. Ahora bien, cómo se define la paz, cómo se caracteriza la paz, quién es capaz de vislumbrar la diferencia entre la guerra y la paz,

donde habita la paz y donde no hay guerra: ¿hay paz? Son muchas las preguntas que nos podemos hacer desde esta vertiente y, seguramente para niñas, niños y jóvenes son fáciles de responder. Sin embargo, la complejidad de este asunto no está sólo en responder la pregunta, sino en comprenderla, fundamentarla y experimentarla.

Entonces, ¿tendremos niños, niñas y jóvenes, además de maestras, maestros, profesores, profesoras capaces de discutir filosóficamente el hecho sentido de la paz?. Quizás la respuesta, es que existe un problema porque hemos llegado tarde a la persona y muchas de las cosas que tuvimos que aprender, comprender, pensar y dialogar desde la infancia, lo dejamos para cuando nos convirtiéramos en adultos, porque no eran cosas de niñas, ni de niños ni de jóvenes. Olvidamos que forjar nuevas esperanzas de valoración de la vida y la comprensión del mundo en general, a través del uso de la razón de una manera libre y democrática, debe pasar primero por la infancia. Esto se traduce a partir de Lipman como la necesidad de educar moralmente.

El objetivo no es presentar a los estudiantes un conjunto de teorías éticas elaboradas entre las que hay que elegir una a la cual vivir, sino más bien dotar a los estudiantes con los instrumentos de la reflexión dentro de un contexto de investigación de valores (Mathew Lipman, Ann Sharp, y Frederick Oscayan:1998: 308)

| 53

Desde este contexto, encontramos que la educación filosófica conduce necesariamente hacia una ciudadanía ética, fundamentada en tres aspectos claves: la sensibilidad hacia los temas morales, la deliberación autónoma y autorreflexiva y el pensamiento cuidadoso. En este sentido, la educación filosófica, basada en una pedagogía del diálogo, invita no sólo a construir conocimiento sino a lograr vivencias que hagan posible construir una sociedad más justa. Es decir, que niñas, niños y jóvenes se hagan más sensibles hacia los temas morales, lo que implica darles la oportunidad desde que nacen de recibir una formación de hábitos relacionados con su vida más elemental y doméstica pero que se desarrollará a lo largo de toda la vida.

Lo anteriormente expuesto, equivale entre otros aspectos, a que la infancia y la juventud tendrán la oportunidad de involucrarse en la transformación de aquellas normas preestablecidas por la tradición que son injustas; por ejemplo, el papel de las mujeres en la sociedad y la conquista de sus derechos, el papel del varón que ha dependido, por lo general, de estereotipos patriarcales y machistas que, igualmente, han conllevado a una sociedad desigual y por lo tanto, a la alteración de la paz.

Los temas morales han de entenderse y asumirse inclinados hacia el bien. Son equivalentes a las primeras reglas, pautas de comportamiento, sanciones, consejos, asociados con el carácter y los hábitos relacionados con el orden, las normas de buena

conducta, el aseo, y cómo se asumen estos en sus vidas. Es el principio de ayudar a canalizar las grandes dudas con respecto a las inquietantes exigencias de la vida en sociedad y asumir una vida comunitaria, porque en definitiva son estas pautas las que generalmente marcan lo que se considera convertirse en ciudadana o ciudadano.

Es crucial el momento en que las niñas y los niños empiezan los grandes cuestionamientos sobre ciertas reglas y normas en contra de sus caprichos y deseos pero también aquellas impuestas por la tradición cultural y que se asumen como “verdad” o lo “normal”. Es prioritario, por ejemplo, saber canalizar desde las buenas razones el porqué del orden, las buenas costumbres o el aseo en sus vidas, la obediencia, el aceptar o no las normas preestablecidas etc. Por lo tanto, una ciudadanía ética representa la oportunidad de canalizar el carácter ciudadano, el obrar personal y comunitario, la preocupación por fomentar buenas costumbres y la honradez, pero también la lucha por imponer la justicia, la paz y el bien común.

Thomas Reid, al mencionar los niveles de la sensatez o de la razonabilidad, habla de la necesidad de “alimentar la semillas del discernimiento moral” o “alimentar las semillas de la sensatez” ya que ambas se encuentran relacionadas. Se trata entonces, de fomentar en niñas y niños, el entrar en un proceso de pensar bien, la creación de un pensamiento reflexivo que se ajuste a su conciencia, autoconciencia y expresión. Es decir, que desde una educación moral se puede ayudar a que los niños y niñas puedan elaborar su propio juicio moral mediante razones que se pueden comunicar y corregir en su ambiente social. (Thomas Reid 1994:133)

En este sentido, se abren las oportunidades para que niños, niñas y jóvenes construyan su propias ideas y juicios a partir de las vivencias diarias, ya sea con los modelos reales (padres, madres, maestros, familiares, amigos etc.) o los modelos ideales de moralidad (líderes espirituales, personajes literarios ficticios), que hagan posible la constatación de una vida buena a través de representaciones explícitas, como por ejemplo, la del coraje, la perseverancia, la sinceridad, la verdad, la justicia y la valentía, entre otros.

Esto favorecerá la comprensión e identificación con su cultura, su tradición y vinculación con la historia, y de allí, su posibilidad de abordar los grandes interrogantes éticos de su mundo, la oportunidad del mejoramiento y la perfección de la conducta y el derecho que tienen los niños y jóvenes de examinar críticamente y discernir racionalmente el sentido del valor.

Desde esta perspectiva se espera que una educación basada en una educación filosófica de pensamiento multidimensional, hará mucho más fácil para niños, niñas y jóvenes despojarse de prejuicios preestablecidos y lograr una ciudadanía acompañada del ejercicio cívico permanente, así como de alto nivel de responsabilidad social. Es por

ello que se espera que este proceso educativo se haga acompañar de una oportuna transformación que favorezca una educación basada en un alto sentido ético y moral, por lo tanto, es una educación basada en el bien común.

Toda educación ética corresponde a una propuesta de largo plazo ya que implica un trabajo y un proyecto que compromete a la vida social en su conjunto y exige una atención prioritaria porque de ella depende que grandes factores de la vida humana puedan desarrollarse plenamente. Por lo tanto, significa la socialización de los valores, la libertad de pensamiento, la tolerancia, el respeto, el diálogo. Por otra parte, una educación ética conlleva necesariamente a: pensar bien para dotar a las personas en su capacidad de elección y decisión, preparar para actuar, hacer el bien con conciencia de cada acto y con capacidad de evaluarlos.

Segunda parte: La paz en clave pedagógica: Hacia una ciudadanía democrática

Educar en y para la democracia, no es más que educar para una participación ciudadana basada en el bien común, la paz, la justicia y la solidaridad. Esto equivale entre otros aspectos, a valorar y reconocer que la democracia es una de las opciones políticas más humanas para la convivencia en sociedad. Ya Dewey (1951) expresaba la necesidad de la democracia como ente ligado a la educación, donde la escuela juega un papel vital para la conformación de comunidades democráticas

| 55

La democracia, comparada con otras formas de vida, es la única manera de vivir que cree sinceramente en el proceso de la experiencia como un medio y como un fin; como aquello que es capaz de generar la ciencia, que es la única autoridad confiable para la dirección de otras experiencias. La tarea de la democracia es por siempre, la creación de una experiencia más libre y más humana en la que todos participemos y a la que todos contribuyamos (Dewey, 1976:35)

Sí alguna práctica debe vivenciar la escuela de hoy, es la convivencia democrática. Ella se define por los actos individuales y colectivos que llevan implícitos todos aquellos valores que hacen posible el pluralismo, el diálogo, el pensar diferente, el consenso, el espacio donde confluyen sin ningún tipo de discriminación las personas con sus ideas, creencias, cultura, raza, género, y pueden sentir a su vez, que tienen el espacio para realizarse. De ahí entonces, la gran preocupación por defender la democracia como un hecho y una posibilidad siempre para lograr la sociedad deseada.

La realización satisfactoria de los derechos civiles, políticos, sociales, económicos y culturales de las personas es todavía un horizonte de promesas a cumplir y

aspiraciones por las que seguir peleando. Formar a ciudadanos capaces de reclamar esos derechos debidos y asumir las propias responsabilidades y deberes en orden a construirlos viviendo con los demás según los valores democráticos es un imperativo inexcusable. Bien podemos entenderlo desde una doble perspectiva: garantizar derechos cuya realización ha de obedecer a razones de estricta justicia y democracia, y hacer posible, precisamente a través de la educación el mismo porvenir y profundización de la vida común en democracia. Desde este punto de vista, la educación formal, socialmente delegada sobre el sistema escolar y las escuelas no resulta sólo uno de los derechos esenciales que les ha de ser provisto y garantizado con calidad a todos los ciudadanos y ciudadanas. Es, al mismo tiempo, uno de los derechos más fundamentales, pues abre o cierra las puertas al acceso y participación efectiva y responsable a todas las demás esferas de derechos y deberes que hoy corresponden a un modelo aceptable de ciudadanía y sociedad (Escudero, Juan y Flecha, Ramón 2005:9-10)

Desde el programa de filosofía para niños y niñas, encontramos varias razones para proponer una educación basada en la paz democrática, la cual se valora a partir de tres grandes dimensiones o principios claves que la definen como un valor político, donde todas y todos tenemos las mismas posibilidades: la participación, la tolerancia y el respeto. Son estos tres principios los que marcarán la ruta para que todo espacio público, específicamente el espacio escolar, forje un trabajo comunitario, donde se alimente el encuentro de lo realmente político, se valore la investigación filosófica y se desarrollen los distintos planteamientos con la claridad de que nada concluye definitivamente porque el pensamiento humano debe valorarse siempre como esa posibilidad abierta que nos permite confluir desde todo punto de vista humano.

Los tres principios están unidos a lo que llamamos democracia a partir de lo que ellos generan; es decir, una educación que representa la oportunidad de formarse en el respeto, la tolerancia y la participación, y que se evidencia por medio de que cada participante (niñas, niños y jóvenes) tiene la oportunidad (derecho) de expresar abiertamente sus ideas: hablar en público, hablar para los demás, discutir, dialogar, refutar, argumentar, investigar; permite entre muchas oportunidades democráticas, el disenso, el acuerdo. Esto a su vez permite, aprender a escuchar, y que otras y otros escuchen, por lo tanto; se origina y se desarrolla el valor del reconocimiento.

El reconocimiento de quien habla o dice y expresa pensamiento, va más allá de sus características particulares como persona individual, basta con que sea una persona hablando para simplemente reconocerle (respetarle) independientemente de sus ideas o pensamientos. Se debe procurar la presencia de la tolerancia con todo lo que ella implica,

especialmente, la imparcialidad y el respeto, tal como lo sugieren Lipman, Sharp y Oscayan, “hoy se acepta con normalidad que una sociedad democrática se compone de ciudadanos capaces de evaluar cómo están funcionando las instituciones de esa sociedad” (Mathew Lipman, Ann Sherp y Frederick Oscayan, 1998:42), en ese sentido, se espera que:

- Cada niño, niña y joven, debe percibir el espacio escolar como la gran oportunidad para expresar valientemente y con sensibilidad sus opiniones, preguntas, respuestas, refutaciones; permitiendo fluir la construcción de un buen diálogo sobre lo que se diserta o discute e investiga.
- Cada niño, niña y joven, debe encontrar, en el espacio escolar, la libertad plena para desenvolverse normalmente sin prejuicio (participación con tolerancia y respeto) y procurar siempre que otras y otros encuentren y sientan lo mismo. En este sentido, está llamada la comunidad a velar (compromiso) por mantener y profundizar el espacio escolar como espacio de oportunidad pública con deberes y derechos para todos y todas en condiciones de igualdad.
- Cada niño, niña y joven, debe percatarse de que en la comunidad escolar o de investigación, nada es estático ni perenne, es decir, es un proceso dinámico que puede cambiar de acuerdo a los intereses de dicha comunidad y que tiene repercusiones sociales más allá de la escuela. Entre más democrática sea nuestra escuela, más democrática será la sociedad que la promueve. Por lo tanto, es muy importante pensar desde lo local en lo global.
- Desde la escuela, la oportunidad para encaminarse a una sociedad en paz, justa y equilibrada pasa porque cada niño, niña o joven se preocupe abiertamente por temas centrales como la violencia, la guerra, el problema de género, el étnico, el ecológico, los problemas socio-políticos y económicos, el problema ético-moral, el tecnológico etc. Así, se evidenciarán como parte responsable en la búsqueda de soluciones para sus comunidades y su implicación en la vida pública más global (participación). Pero también, tienen la oportunidad de ayudar a solventar problemas más cercanos entre la escuela y la familia, la escuela y la comunidad, la escuela y el estado, permitiéndoles a su vez, ir desarrollando, deliberando y tomando decisiones por medio de investigaciones serias, científicas y así lograr posibles soluciones inmediatas.
- Desde la vivencia y la participación en democracia, niñas, niños y jóvenes deben aprender a valorar que como comunidad los unen, no sólo unos intereses particulares por temas particulares para llegar a la verdad, sino también una identidad y unos sentimientos que tienen un lugar muy especial a la hora de actuar individual y colectivamente, por lo tanto; se valoriza la filosofía del cuidado (ponerse en el lugar del otro) y el trabajo cooperativo.

- La comunidad democrática debe representar uno de los grandes intereses para que niñas, niños y jóvenes puedan despertar el deseo por mantenerla y profundizarla. En ella, debe estar presente siempre un método de investigación autocorrectiva y deliberativa de toda la comunidad, con clara convicción hacia el pensamiento crítico y con un alto compromiso ético a recibir nuevas ideas, a promover la honestidad, el trabajo colaborativo, la responsabilidad individual y colectiva (participación, respeto y tolerancia).
- Tener siempre presente que niños, niñas y jóvenes, independientemente de sus condiciones físicas, psicológicas, sociales, religiosas, género son personas, por lo tanto, ese simple hecho ya representa un reconocimiento y un valor que conlleva a respetarlos o respetarlas como tales. El pensamiento cuidadoso conlleva entonces a un trato cuidadoso.

Antes de formar ciudadanos es preciso formar personas. Las sociedades democráticas requieren individuos con una sólida autoestima e identidad personal, que reconozcan sus necesidades, tengan conciencia de sus limitaciones y confianza en sus capacidades, de manera tal que sean capaces de convivir y aportar a los demás con fidelidad a su propia convivencia. Esto implica, entre otros aspectos, promover que las niñas, los niños y los jóvenes se conozcan, se valoren, integren su identidad individual, construyan su propia escala de valores, fortalezcan su inteligencia emocional y social así como la capacidad de establecer límites personales (Silvia, Conde Flores. y María T. Armendáriz J., 2004:19)

La sociedad de hoy, urge de una escuela preparada para educar en democracia y para la paz. Nuestra realidad actual también exige una ciudadanía preparada que participe en la vida pacífica pero también que aprenda a cuidarla. Para lograrlo, hay que transformar la escuela y sus funciones vitales: la búsqueda de sentido, el logro de los significados y la participación política ciudadana desde el respeto y la tolerancia; de otro modo no es posible alcanzar una vida plena, justa, equilibrada y en paz.

Tercera Parte: A modo de conclusión. Una nueva educación para una nueva sociedad. Pensando y trabajando por la paz.

El papel que desempeña la filosofía en la educación, tiene sus raíces en la importancia que conlleva una formación humanista que, de cierto modo, provoca y alienta un espíritu crítico y sensible hacia los grandes valores y principios que hacen posible la dignidad humana. Por lo tanto, repensar una educación desde el punto de vista filosófico es, entre otros aspectos, apostar por un pensamiento crítico dirigido a cultivar un mejor razonamiento, preferiblemente desde la infancia, tal como lo propone el programa de Filosofía para niños y niñas de Lipman.

Es por ello, que el modelo presentado por Mathew Lipman, equivale a modelos pedagógicos que siguen inspirándonos a seguir proponiendo y apostando por la filosofía como una asignatura para la vida. De ahí, la importancia de que forme parte fundamental del currículum escolar, no sólo como una deuda pendiente sino un trabajo y una propuesta que no debe dejar de hacerse.

Las personas que creen en el papel de la filosofía y su valor para la vida, consideran que, desde la escuela, desde la filosofía, no sólo se renueva su propia comunidad (docentes, alumnado, madres, padres y representantes etc.) sino la sociedad misma en general. Es por ello que la escuela representa el espíritu creador por excelencia, donde confluyen la comunidad de vida y el ambiente indispensable para que todo proceso educativo se fortalezca en intereses comunes y produzca un resultado que beneficie a la sociedad en general.

Por lo tanto, la escuela no puede mantenerse lejos de los intereses sociales, es decir, de las necesidades de la ciudadanía que busca, cree, que encuentra en ella las grandes respuestas para sus carencias espirituales, intelectuales y materiales. Hoy más que nunca, la escuela debe ser promovida como una nueva oportunidad para que la sociedad pueda reconducir sus inquietantes problemas de ciudadanía. Una sociedad que se aprecie a sí misma lucha por una nueva educación, cuya novedad debe estar centrada en el deber ser de la acción de la persona, en consonancia con la naturaleza y las reglas democráticas.

| 59

Una escuela al servicio de la sociedad es aquella que se piensa a sí misma, que se autocrítica y ejerce un llamado constante a la transformación. Esta transformación se asume desde todos los niveles, pensando siempre en el sentido de la escuela como institución educativa forjadora de pensamiento nuevo y transformador en constante búsqueda de la verdad.

Sin embargo, en Venezuela, al analizar el sistema educativo actual, seguramente han de sentirse obligadas las personas que lo conocen, a reconocer una imperfección que quizás parezca fácil resolver; pero lo cierto, es que cuando nos detenemos a medir y valorar cada detalle de lo que significa la escuela en estos momentos, se puede llegar a sentir la incapacidad de hacer algo por transformarla. Surgen preguntas como estas: ¿cumple el verdadero sentido la escuela en su llamado transformador?, ¿están los niños, niñas y jóvenes convencidos de su proceso educativo, además convencidos y agradecidos de lo que estudian y cómo lo aprenden?, ¿están los docentes comprometidos con su actualización y cambios mentales sobre el sentido de la enseñanza-aprendizaje, escuela provocadora de nuevos pensamientos y creatividad en la ciencia, la tecnología, el deporte, la paz?

¿Es una escuela de esperanza, por medio de la literatura, la filosofía, la estética, un encuentro permanente con el valor y el sentido de los valores que vive la ciudadanía y

que vela porque se alcance el por qué las cosas valen lo que valen?. ¿Es una escuela que vela por la formación desde la democracia y para la libertad, la moral y las buenas costumbres de la ciudadanía, una escuela que vela por el respeto a la vida, a lo diferente, al diálogo, a la naturaleza, a la paz?

Algunas respuestas a estas preguntas son quizás bastante difíciles pero no imposibles. Se parte de la perspectiva siguiente: si esta escuela es posible, una nueva sociedad será posible.

Ahora bien, una nueva sociedad sólo se encamina con buena educación y una buena educación está sustentada en unos principios rectores que no será posible sólo declararlos, sino practicarlos y velar porque sean siempre realidades concretas. Por ejemplo: ¿qué significado tiene el concepto de la paz o de la democracia?, ¿cómo son asumidos estos temas en el aula de clases?, ¿cómo los maneja el o la docente y la sociedad en general?

Del diccionario a la hoja de examen no hay nada, sólo una mera repetición que facilita al docente corregir y colocar alguna medición que llaman calificación; pero, cómo medir el nivel de convivencia pacífica, ¿cómo saber cuándo un joven cree en el valor de la paz?. Quizás la respuesta sólo se podría lograr con fehaciente respuesta cuando ese joven responda desde el punto de vista de la razonabilidad y la experiencia; de allí la importancia de velar por una educación más razonable y de las buenas razones.

De eso precisamente se trata: repensar una nueva educación para una nueva sociedad y es quizás el modelo constructivista el que nos acerca a lograr dicho propósito, y en particular, el programa de Filosofía para niños y niñas

Referencias bibliográficas

Accorinti, Stella (1999). *Introducción a Filosofía para Niños*. Buenos Aires: Manantial

Conde, F. Silvia y María T. Armendáriz J. (2004). *Educación para la Democracia. Preescolar 2. Fichero de actividades*. México. Instituto Federal Electoral. Disponible en <https://eacademicoizcalli.files.wordpress.com/2010/11/preescolar-2.pdf>

Dewey, John (1989). *Cómo pensamos*. Barcelona: Paidós

Dewey, John (1976). *Democracia y educación*. Buenos Aires: Losada.

Escudero, Juan y Flecha, Ramón (2005). "Ciudadanía y democracia: el núcleo central de una buena educación para todos", [Proyecto Atlántida] Ciudadanía, mucho más que una asignatura, Madrid, 2005. Disponible en: https://www.kaidara.org/wp-content/uploads/2019/06/La_educacion_para_la_ciudadania_global_desde_las_aulas_de_acojida.pdf [2023, 17 de agosto]

García M., F. (Editor) (1998). Conocimiento Moral y Filosofía para Niños. Bilbao España: Desclée de Brouwer.

Lipman, M. (1998). Pensamiento complejo y educación. Madrid: De la Torre

Lipman, Sharp, y Oscanyan. (1988) Filosofía en el Aula. Madrid: De la Torre.

Lipman, M. (1988). Investigación Ética. Madrid: De la Torre.

Lipman, M. (1988). Investigación Filosófica